

El Sr. D. Juan

CARTA PASTORAL

QUE

EL EXCMO. É ILTMO. SR. DR.

D. TOMÁS BRYAN Y LIVERMORE

OBISPO*DE*GARTAGENA

DIRIGE

Á TODOS LOS FIELES DEL OBISPADO

EN LA CUARESMA DEL AÑO 1898

SOBRE LA

EXISTENCIA Y PROPIEDADES

DE LA

VIDA SOBRENATURAL EN EL INDIVIDUO



MURCIA

TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE ALMAÁN,
calle de Paco, ním. 1.

BIBLIOTECA REGIONAL



1068968

DNV
6991

Ref. 208

CARTA PASTORAL

QUE

EL EXCMO. É ILTMO. SR. DR.

D. TOMÁS BRYAN Y LIVERMORE

OBISPO*DE*GARTAGENA

DIRIGE

Á TODOS LOS FIELES DEL OBISPADO

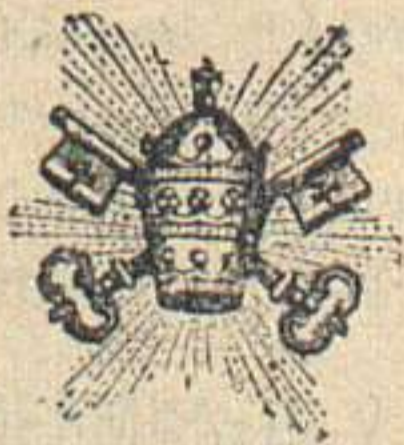
EN LA CUARESMA DEL AÑO 1898

SOBRE LA

EXISTENCIA Y PROPIEDADES

DE LA

VIDA SOBRENATURAL EN EL INDIVIDUO



MURCIA

TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE ALMAZÁN,
calle de Paco, núm. 1.

CARLA PASTORAL

EL PUEBLO DE LA VILA DE MURCIA

LA VILA DE MURCIA

LA VILA DE MURCIA

MURCIA

LA VILA DE MURCIA

LA VILA DE MURCIA

MURCIA

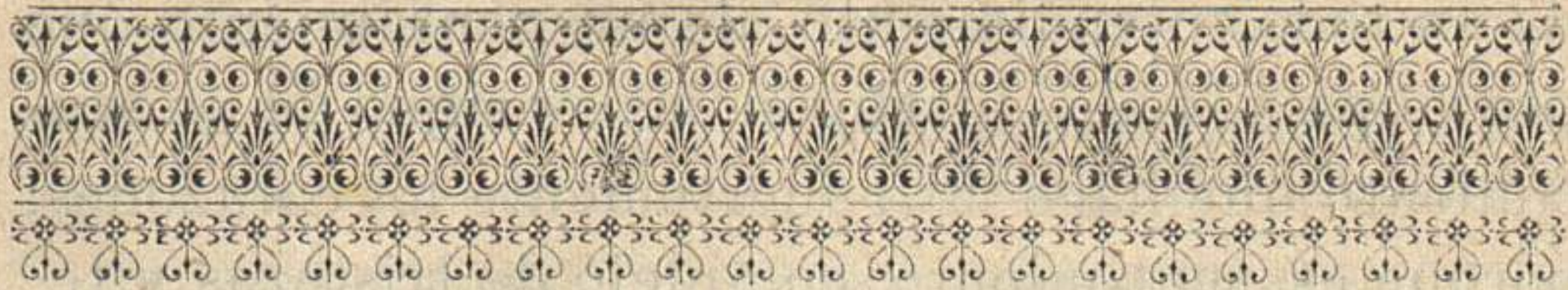
LA VILA DE MURCIA

LA VILA DE MURCIA



MURCIA





CARTA PASTORAL

—300206—0—6—

NOS DOCTOR D. TOMAS BRYAN Y LIVERMORE,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE CARTAGENA, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTI-
DAD, CABALLERO DE LA ÍNCLITA ORDEN DE SAN JUAN DE
JERUSALÉN, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ORDEN AMERI-
CANA DE ISABEL LA CATÓLICA, CONDECORADO CON LA CRUZ
DE BENEFICENCIA CIVIL, ETC., ETC.

*A nuestro Venerable Presidente y Cabildo Catedral,
Beneficiados de la Sta. Iglesia, Rvdos. Párrocos, Ecónomos,
Rectores, Coadjutores y demás Clero, á los Religiosos
de ambos sexos y á todos los fieles de nuestra
amada Diócesis.*

La gracia en Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros:

Ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant.
—Joan. X.—10.

Yo vine para que tengan vida y la tengan muy exu-
berante.—S. Juan cap. X, vers. 10.

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

NUNA frase escapa hoy de todos los labios, la
pronuncian todos los dialectos de la na-
ción, resuena con acento fatídico en todos los oídos.
Esa frase es la espresión de una idea que está grava-

da en todo entendimiento, de un pensamiento que preocupa á toda inteligencia, es signo de un sentimiento que hace latir fuertemente los corazones; porque es sentimiento complejo de tristezas y temores, engendrado por la convicción profunda de nuestras desdichas presentes y de nuestros infortunios pasados, nacido de los justos presentimientos de un pavoroso porvenir: porque es una idea triste y aterradora, capaz de abatir el ánimo mas esforzado y de poner miedo al corazón mas heróico, Por eso en fin la frase semeja un gemido de dolor, un lamento de angustia profunda, es suspiro de una nación oprimida por agonías supremas y de un pueblo abrumado por amarguras de muerte. *¿A dónde vamos á parar? ¿Qué vá á ser de nosotros?* Esta es la frase que á diario se repite en la ciudad y en la campiña, en las alturas de los montes y en el seno de los valles, en el estrado del magnate y en la boardilla del miserable, en el campo de batalla y en el corazón de la madre patria. Es la exclamación que brota espontánea del corazón de gobernantes y gobernados, de sacerdotes y fieles, de nobles y plebeyos de toda edad, de todo sexo y de toda condición: porque desde el soldado que lucha por la honra de España allá en las ciénagas antillanas hasta las alturas del trono donde se sientan los Reyes, y desde el trono hasta los últimos ámbitos de la península, no hay un español que no tenga idea de las desgracias que pesan sobre la patria y que no sienta pavor y espanto por nuestra suerte futura.

Y ello es muy lógico; este fenómeno es la consecuencia natural, es la resultante precisa de una ley que rige el mundo físico y el mundo moral.

La tranquilidad positiva de los seres, está vinculada á la observancia de las leyes dictadas por Dios: por el contrario la inquietud, el malestar y la impaciencia son inherentes á la transgresión de las leyes divinas, porque las leyes son la espresión de la voluntad eterna de Dios ley suprema que rige el universo y *no hay, no puede haber paz, ni dicha, ni felicidad para la criatura que resiste á la voluntad del Criador* (1) Mirad, mirad á los cielos ¿veis esos astros, navíos flotantes que surcan el mar de los espacios? Pues mientras fieles á las leyes de gravitación recorran las órbitas incommensurables que les trazó el dedo de Dios, sin desviarse de ellas un momento, habrá orden maravilloso, concierto admirable en el universo: pero, si un día abandonando el derrotero, rodaran fuera de la órbita, se lanzarían con velocidad espantable por los espacios, chocarían acá y acullá con otros astros y terminarían por reducirse á pavesas, arrastrando en su ruina á todos los que hallaran á su paso. Fué decretado por Dios que el pez nazca, se desarrolle y viva en el agua, y las aves en la región de la atmósfera, y á cada uno dió el Hacedor naturaleza y condiciones adaptadas al medio en que había de desenvolverse su vida. Pues empeñaos por un momento en contrariar las leyes divinas: sacad al pez fuera del agua y llevad las aves al fondo del mar: palpitantes, convulsas y presa de horrible agonía sucumbirían al momento, morirían porque la muerte es el estipendio de la transgresión de la ley. Fijaos en el hombre: ¿Queréis que se tenga en pié, que ande recto, que se veri-

(1) Isaiae. Cap. XLVIII, vers. 18

fiquen ordenadamente todas las funciones del organismo y que goce de bienestar y de salud? pues mantened constantemente el equilibrio de los elementos que le constituyan y la integridad de todos sus miembros: porque desde el momento en que los humores se alteren, los vasos se dilaten, ó se disloquen los huesos, se hará imposible el descanso, habrá perdido la salud, sentirá amenazada la existencia y verá extinguirse la vida.

Fijad, fijad más profundamente vuestra atención en el hombre. Miradle colectivamente ó en sociedad. Los estados y las sociedades tienen fijadas por Dios, lo mismo que los individuos, leyes que presiden á su perfeccionamiento y prosperidad: los gobernantes son *los delegados de la autoridad de Dios para labrar el bien de los pueblos* ⁽¹⁾ y estos son respecto de aquellos *hijos sumisos y obedientes que deben rendirles honor y vasallage* ⁽²⁾ Mientras los que gobiernan sean verdaderos padres de los pueblos y no omitan sacrificios y desvelos por el bien de sus encomendados, mientras los pueblos cumplan, como buenos hijos los deberes que les ligan con los gobernantes, mientras de las alturas del poder baje hasta las últimas capas de la sociedad la autoridad paternal, amorosa y llena de ternura, y desde las profundidades del pueblo suba hasta los tronos el honor respetuoso, el respeto y el amor filial, la sociedad se adaptará mejor á los moldes divinos, y mejor retratará acá en la tierra el tipo y el modelo de toda sociedad perfecta, de la Trinidad beati-

(1) Rom. Cap. XIII, vers. 6.

(2) Hebr. Cap. XIII, vers 17

sima del cielo y más eficazmente realizará el problema de la felicidad terrenal del hombre, fin que le señaló la Providencia. Por el contrario colocad en las alturas del poder ambiciones insaciables, orgullo despótico, crueles venganzas, avaricia sin frenos; entronizad las pasiones, y vereis despertarse en los pueblos á la luz de los depravados ejemplos de los grandes los instintos más groseros, las más bajas concupiscencias: al imperio de las leyes de Dios, sucederá el imperio de los caprichos humanos, al orden la anarquía, y al bienestar público, los públicos y generales temores, y un malestar universal intolerable. Tal es en síntesis la explicación del fenómeno político-social que nos preocupa.

Pues bien trasladémosnos al orden sobrenatural, y hagamos aplicación del principio citado, y tendremos explicado un misterio pavoroso y profundo. En las dilatadas esferas del mundo sobrenatural, en ese mundo de inmensos horizontes en donde Jesucristo es el sol que preside y alumbra, en donde las almas rescatadas con la sangre del Redentor, las inteligencias iluminadas con los espléndidos fulgores de la fé católica y los espíritus robustecidos con las fuerzas sobrenaturales de la gracia divina y los corazones en fin regenerados por las aguas sacramentales por la infusión del Espíritu Santo son los astros que le pueblan, no podremos penetrar sin sentir profunda tristeza, sin experimentar dolor intensísimo. Aquí, en este mundo espiritual, no encontramos sino cadáveres; hombres que tienen apariencia de vivos y en realidad están muertos; muertos intelectuales; porque perdieron ó está próxima á perderse en ellos la fé

sobrenatural, vida del entendimiento; muertos morales: porque no tienen, han perdido la gracia, vida sobrenatural del alma: muertos espirituales; porque no viven para la virtud, no viven para el cielo, no viven para Dios. Aquí, aquí, ¡qué inquietudes en las conciencias! ¡qué intranquilidad en los corazones! ¡qué crueles remordimientos despedazan las almas! ¡qué torturas tan inexplicables se ocultan y esconden en los pechos! Empeñóse el naturalismo en emancipar al hombre de las leyes sobrenaturales, decláranlas yugo tiránico é insoportable, el grito subversivo de Lucifer resonó en todos los horizontes y las almas, que semejantes al astro, vivían felices recorriendo la órbita de las leyes de Dios y de su Iglesia, bebiendo en las fuentes del divino Redentor la vida divina, y moviéndose ordenadamente en torno de Cristo, sol de eterna Verdad y Justicia, ruedan como astros desviados de su órbita, por los espacios de la duda, recorren las tètricas regiones de la fría indiferencia, del escepticismo grosero y de la incredulidad mas aterradora.

No, no hay paz para el hombre que se aparta de Dios ⁽¹⁾ por eso no hay mayor aberración que la del naturalismo multiforme que le niega sus homenajes: *No, no hay amargura y desdicha comparable á la que engendra la rebeldía contra la Santa ley de Dios* ⁽²⁾; *porque fué creado el hombre por Dios y para Dios y no es posible dar paz y reposo al corazón si le arrancais del amor y de la amistad de Dios.* ⁽³⁾ Por eso la sola perspectiva del estado

(1) *Isaiae*, Cap. XLVIII, vers. 18.

(2) *Jerem.* Cap. II, vers. 19.

(3) *S. Agus* Lib I, Conf. cap. 2.^o

actual de las conciencias nos espanta; el conocimiento de la posición del hombre contemporáneo ante nos Dios inspira profundo dolor, y la consideración de tantas almas mal avenidas con sus eternos y sobrenaturales destinos nos impele á hablaros en la presente Cuaresma de la necesidad, de la naturaleza y de los efectos del orden sobrenatural en el individuo. En el año anterior consideramos el orden sobrenatural objetivamente, ahora vamos á considerarlo subjetivamente ó en el individuo; y como quiera que este se relaciona con el orden sobrenatural de dos modos, á saber: por medio de la inteligencia que aprende la verdad sobrenatural y entra en relaciones con Dios, Verdad infinita; y por medio de la voluntad que recibe y participa la vida sobrenatural y le pone en comunicación con Dios que es la fuente y causa primera de toda vida, nos vamos á concretar á desenvolver el misterio de la vida sobrenatural, aplazando para otra ocasión lo que se refiere á las relaciones sobrenaturales de la inteligencia con la verdad infinita. Vamos, pues, á demostrar la necesidad de la vida sobrenatural en el hombre; estudiaremos la naturaleza y excelencia de ese principio que nos eleva y dignifica y admiraremos sus maravillosos efectos.

I.

Dicen los teólogos que la vida sobrenatural es de dos modos, absoluta y relativa: es la primera la que trasciende toda virtud, y toda vida creada: la segunda es la que solo se eleva sobre algunas virtudes inferiores. Preciso es penetrar

este misterio para formar idea exacta de la vida sobrenatural que nos ocupa. Todos los seres de la creación tienen su naturaleza específica que es el principio de acciones y fuerzas que le caracterizan y distinguen de los demás seres. Si infundiéramos en ellos una naturaleza, un principio vital mas perfecto, resultarían elevados á un orden superior y sobrenaturalizados. Por ejemplo: los seres menos perfectos, los inorgánicos, informados por la vida vegetativa, se elevan, quedan sobrenaturalizados en las plantas: estas, se elevan á un orden superior, recibiendo la vida sensitiva: y la vida animal sube á partitipar los honores de la vida racional, si la dotamos de inteligencia y libertad; por eso decimos que toda la creación está elevada y sobrenaturalizada en el hombre, pequeño mundo, que compendia en su naturaleza y en su ser todos los seres y naturalezas inferiores. Este es el orden sobrenatural relativo.

Pero no hablamos de lo sobrenatural en este sentido, sino en sentido absoluto. El sobrenatural absoluto es Dios, cuyo ser trasciende infinitamente todo otro ser, cuya naturaleza excede en grado infinito toda naturaleza creada y posible. Aunque eleveis al hombre sobre su propia naturaleza, v. g. infundiéndole un espíritu angélico, y después de elevarlo á la categoría de ángel, le informéis de la vida del arcángel; y luego acumuleis nuevas naturalezas superiores hasta asimilarle al querubín que guarda los tesoros de la sabiduría divina, y ocupa la cúspide de las naturalezas creadas, todavía el hombre quedaria á distancia infinita de Dios, porque Dios es el ser necesario, la vida esencial *y el querube mas alto comparado con Dios*

es esencialmente nada ⁽¹⁾ Dios es el oceano de donde fluyen las fuentes de la vida que anima y vivifica el universo y á donde todo ser tiene su término, es el principio y el fin de la creación, *el alfa y el omega de todas las cosas.* ⁽²⁾

Todos los seres tuvieron antes de ser creados existencia intencional en el entendimiento divino; porque si Dios los hizo de la nada los ajustó á un molde que está en él eternamente. Todos están allí por aquella altísima manera con que están los efectos en sus causas, las consecuencias en sus principios, los reflejos en la luz, las formas en sus eternos ejemplares. «En él están juntamente la „anchura del mar, la gala de los campos, las armonías de los globos, las pompas de los mundos, „el esplendor de los astros, las magnificencias de „los cielos. Allí está la medida, el peso y número „de todas las cosas, y todas salieron de allí con „número, peso y medida. Allí están las leyes in„violables y altísimas de todos los seres, y cada „cual está bajo el imperio de la suya. Todo lo que „vive encuentra allí las leyes de la vida, todo lo „que vegeta las leyes de la vegetación: todo lo que „se mueve las leyes del movimiento; todo lo que „tiene sentido la ley de las sensaciones: todo lo „que tiene inteligencia la ley de los entendimien„tos: todo lo que tiene libertad la ley de las volun„tades. De esta manera puede afirmarse sin caer „en el panteísmo, que todas las cosas están en „Dios y que Dios está en todas las cosas. El es el „ser sobre todo ser, independiente de todos, porque

(1) Psalm. XXXVIII, vers. 6.

(2) Apoc. cap. XXII, vers. 13.

„es principio subsistente de todos, y por tanto él
„es El ser y el orden sobrenatural absoluto.

Pero Dios es además el fin último de todos los seres: Al darnos la vida en el día de la creación, no podía asignarnos otro fin que á sí mismo, no por egoismo sino por largueza de su liberalidad y dignación de su infinita grandeza, como quiera que nada hay que no tenga en él su principio, ni fin alguno que no tenga en el su razón de ser. La creación entera compendiada en el hombre después de haber glorificado á su autor en él espacio y en el tiempo debe regresar en el hombre y con el hombre al seno de Dios de donde partió, debe entrar *en el gozo de su Señor*.⁽¹⁾ Ved ahí *el fin último del hombre* ⁽²⁾. Y no se crea, como afirma el racionalismo espiritualista, que el goce de Dios, que constituye el término final del hombre y su eterno destino consiste en el reposo de las facultades, contemplando á Dios al través del velo de la creación. en la vista abstracta de Dios, que se alcanza por las fuerzas de la naturaleza, no. Es cierto que Dios no habría hecho injuria al hombre fijándole este destino, como quiera que la naturaleza humana no reclama por sí misma otro fin: pero plugo á Dios colocar en el fondo de nuestro ser aspiraciones sobrenaturales á la verdad y al bien infinito, y quiso su bondad destinarnos á la visión clara é institutiva de su esencia. La palabra de Dios nos lo asegura *«Le veremos tal como es»* „*Viéndole seremos semejantes á él,* ⁽³⁾ y *«participa-*

(1)

(1) M.ath. cap. XXV, vers. 21.

(2) Isaíae, Cap. XLIII, vers. 7.

(3) 1 Joan Cap. III, vers. 2.

remos de su propia gloria (1). Dios ha querido y porque lo quiso, es nuestro último fin, como es fin último de sí mismo; con esta diferencia, que El es su propio fin por necesidad de su naturaleza y es fin de la criatura por obra de su bondad y por don de su largueza y por efecto de su amor.

Ahora bien ¿cómo salvar los abismos infinitos que separan al hombre de Dios? Si el hombre aunque se eleve á la altura del querubín, queda siempre á distancia infinita de Dios, porque siempre será ser natural y finito, y Dios es el ser sobrenatural absoluto, ¿cómo elevarse el hombre á la visión y posesión de Dios? A nuestra naturaleza abandonada á sí misma es imposible, pero físicamente imposible, y esto por dos razones: Primera porque nosotros no conocemos los objetos por intuición inmediata, sino por medio de representaciones ideales, ó formas creadas ó especies inteligibles que forma nuestro entendimiento, después de haber recibido las representaciones sensibles por los sentidos, de modo que para ver á Dios intuitivamente, *cara á cara, como, es en sí mismo*, sería necesario formar en nuestro entendimiento una representación ideal de su esencia y para ello será preciso que antes existiera en la imaginación la representación sensible, lo cual es imposible porque Dios no cae bajo la esfera de acción de los sentidos. La segunda razón es esta. Ya que es impotente el hombre para formar una representación ideal de Dios, podrá decirse que el mismo Dios puede crearla y colocarla en el entendimiento creado, pero esto es también imposible porque to-

(1) Isaiae. Cap. XI. III, vers. 7.

da forma creada es finita é incapaz de representar el ser infinito y por consiguiente es preciso concluir la imposibilidad de ver naturalmente á Dios y de conocerle tal como es. La doctrina contraria es herética (1).

Ahora bien, si es innegable que «el bien que Dios nos tiene prometido excede de tal manera toda proporción con la naturaleza, que nuestras facultades naturales, lejos de poder conseguirlo no pueden siquiera concebirlo, ni desearlo», (2) *Si el ojo del hombre no vió, ni el oído oyó, ni pasó á persona humana por el pensamiento, cual bien tiene Dios preparado para los que le aman*, como asegura San Pablo, (3) ¿habrémos de renunciar á la consecución de nuestro eterno destino? ¿No hay algun medio adecuado que nos eleve hasta la visión y posesión de la esencia divina? Sí, sí existe. Mirad uno de los mas profundos misterios del amor de Dios hacia el hombre. Dios se vé así mismo, se posee y es naturalmente bienaventurado, porque en él se identifican la naturaleza que vé, la esencia objeto de la visión y el acto mismo de la visión, porque Dios es esencialmente acto puro. Es decir que no hay mas medio de ver á Dios, que Dios mismo; por consiguiente, si Dios nos crió para poseerle, es rigorosamente necesario, que nuestra naturaleza se trasforme en naturaleza semejante á la divina. *El fin*, dicen los filósofos es *el que fija los medios*, por eso el fin sobrenatural asignado por Dios al hombre exige imperiosamente un medio sobrenatural que

(1) Concil. Araus. II, can. 2.^o.

(2) Sto. Tom de Aquin. De Ver. q. XVI, art. II.

(3) I Corint. cap. II, vers. 9.

nos dé proporciones para conseguirlo, y como quiera que el ser sobrenatural absoluto es Dios, «es preciso dice Santo Tomás de Aquino que participemos de esa virtud divina por la cual se posee Dios inmediatamente á si mismo, y mediante la cual se eleva la criatura de algún modo al ser divino y se hace en mayor ó menor grado participante de la naturaleza de Dios» (1) es preciso en fin que Dios baje al fondo de nuestro ser, que deposite allí *un germen de su propia vida*, (2) *un principio vital, que nos dé la semejanza divina* (3) y que sea dentro del alma fuente de operaciones sobrenaturales, que contenga todas las virtudes y hábitos sobrenaturales, del mismo modo que la naturaleza es principio de vida, de acciones y de virtudes puramente naturales, Ese germen divino, ese principio de vida sobrenatural, es un don gratuito de Dios al cual la teología católica llama, *la gracia*.

II

Convencidos de la necesidad de la gracia para poseer á Dios, fin último de la criatura, ocurre preguntar, ¿Y esa elevación de la naturaleza humana, esa misteriosa transformación que Dios por medio de la gracia debe operar en el hombre, se aplazará para el momento de la muerte, cuando se acerca la hora de entrar en las regiones del infinito, ó se verifica ahora, durante nuestro tránsito por la tierra? No, V. H. y muy A. H., no hemos de esperar el momento de partir á la vida eterna:

¶ (1) Sum. Teol. I.^a II.^a q. CXII, art. 10

(2) I Joan III, vers 3.

(3) Jacob Cap. I vers. 8.

ahora, ahora ha de verificarse esta transformación. *A ese fin vine yo al mundo*, dice Jesucristo, *para daros la vida*, no la natural que ya teneis, sino *la vida sobrenatural. y para que la disfruteis en abundancia.* (1) *Si alguno me ama será amado por mi Padre*, y como el amor de Dios transforma al ser amado, el que Dios os tiene, hará de vuestra alma habitación del mismo Dios, *porque á él vendremos* concluye Jesucristo, *y haremos en él nuestra mansión.* (2) Claro es que no habla Jesucristo de su presencia natural, de aquel modo natural de estar Dios en todo ser por esencia, presencia y potencia, del que hablaba S. Pablo en el Areopago, cuando decia, *Dios está tan cerca de nosotros, que en él vivimos, nos movemos y existimos,* (3) sino que habla de otra presencia sobrenatural, que nos eleva y comunica semejanza con Dios, que nos hace participantes de su compañía, de su naturaleza y de su vida, y esto ahora durante la vida del tiempo y de un modo permanente.

Pero entremos, entremos de lleno en el exámen de la naturaleza de la gracia, ¿Sabeis que es la gracia? ¿Habeis meditado detenidamente sobre este don que difunde en el hombre la vida sobrenatural? El Angélico Doctor la define de este modo: *«es una cualidad del orden divino, que informa al alma como el alma informa al cuerpo.»* (4) La misma definición dá de ella el Catecismo Romano de S. Pío V, (5) ¡Qué irradiaciones de claridad espar-

(1) I Joan Cap. X, vers. 10

(2) Joan. cap. XIV, vers. 23.

(3) Act. cap. XVII; vers. 28.

(4) Sum. Teol. I y II, p. q. CX, art. 49.

(5) De Baptism. núm. 49.

ce esta doctrina sobre el sagrado misterio de la gracia! *Es una forma del orden divino*, y como la forma es la que constituye al ser le dá especie y es en él principio de acción y de vida, así la gracia constituye al alma en el orden divino, la transforma en ser semejante á Dios, y es en ella principio de vida sobrenatural y divina. *Es forma del alma, como el alma es forma del cuerpo*. El cuerpo humano privado del alma es una materia inerte, no respira, no tiene calor, no se mueve, no tiene movimiento, ni vida: pero infundidle el alma y al punto respira el aire puro de la atmósfera, late su corazón, levanta su frente y sus ojos al cielo, transmite sus pensamientos y sus afectos por medio de la palabra y se ostenta pujante de vida. Otro tanto acontece al alma. Privada de la gracia es un espíritu dotado de inteligencia y libertad, pero las ideas y los pensamientos de su inteligencia, los deseos y aspiraciones de su voluntad libre y los actos de su vida se limitan al orden de la naturaleza, no trascienden los límites de este mundo creado: pero informad al alma de la gracia, y en el acto, el alma se levanta, adquiere un nuevo ser, queda transformada. Con sus pensamientos penetra en los secretos de la vida y de las operaciones divinas, con su voluntad ama al bien sumo, con las fuerzas sobrenaturales, que antes no tenía, descubre oceanos de luz y de amor que jamás había conocido, y sus actos se inspiran en criterios tan altos, tan fecundos, tan divinos que hacen de su vida un noviciado de la vida del cielo.

III

De la definición de la vida sobrenatural que he-

mos espuesto, surgen, como de fuente fecundísima, una multitud de consecuencias que son otros tantos efectos maravillosos de la gracia. En la imposibilidad de enumerarlos todos nos vamos á concretarnos á describir los más culminantes y más eficaces para inspiraros gran estima de este don y profundo temor de perderlo. De dos especies son los efectos de la gracia, positivos unos y otros negativos. Los primeros son las modificaciones que induce en el alma la presencia de la gracia: y los segundos son las tristes afecciones que el alma experimenta á consecuencia de la privación culpable de la gracia. Los efectos positivos de la gracia, más excelentes y dignos de nuestra consideración son cuatro la filiación y la amistad divina, la semejanza con Dios, la fecundidad sobrenatural y el derecho á la eterna bienaventuranza.

La filiación divina es el primer efecto de la gracia. ¡Oh admirable misterio! Por medio de la infusión de la gracia el hombre es reengendrado, y renace á la vida sobrenatural, como por medio de la generación comienza á tener el ser natural. Dios, que por la creación es nuestro Padre, lo es de un modo más elevado y excelente por medio de la justificación ó donación de su gracia: porque la creación nos comunica la naturaleza humana: pero la gracia una semejanza de la naturaleza divina. *La virtud de Dios, dice S. Juan, es la causa inmediata de este renacimiento sobrenatural, y la que deposita en el alma los gérmenes de la vida divina* (1) *Nos engendró, porque nos*

(1) I Joan cap I, vers 9

ama ⁽¹⁾ *y mirad, es tal el poder del amor que el Padre nos tiene, que nos transforma en hijos suyos de nombre y de verdad.* ⁽²⁾

Es cierto que la gracia no nos constituye hijos de Dios, como lo es el Verbo divino; porque el Verbo es Hijo natural, eterno como el Padre, consubstancial al Padre y Dios lo mismo que el Padre, y nosotros en virtud de la gracia somos elevados á la categoría de hijos adoptivos: pero entre la adopción divina y la de los hombres hay esencial diferencia. Los hombres, que adoptan como hijo á una persona extraña, ni le comunican la nobleza de su sangre, ni elevan su naturaleza, ni le infunden nuevos hábitos, ni virtudes, ni le hacen más sabio, ni más santo: todo se reduce á rodearle de atenciones extrínsecas á su naturaleza: pero la adopción divina va más adelante, es más elevada y excelente. Ella penetra los más recónditos secretos de la naturaleza, deposita allí semillas de vida sobrenatural, infunde fuerzas que la naturaleza no tiene, dá virtudes que el hombre desconoce, aumenta la potencia intelectual y purga de impurezas el espíritu, revistiéndole el ropaje de la santidad. En una palabra, reengendra al alma, dándole la similitud con la naturaleza divina del adoptante, por eso ha podido decir el Espíritu santo, *que no solo nos llamamos sino que somos en realidad hijos de Dios y que emparentamos formalmente con la naturaleza de Dios* ⁽³⁾ y por esta razón pudo decir el Doctor de Hipona, con la valentía que le distingue, "*Si somos hijos de Dios y todo hi-*

(1) Jacob. cap. I, vers. 8

(2) I Joan cap. III, vers. 1

(3) II Petr. cap. I, vers 4

jo es de naturaleza semejante á la del Padre, está claro que somos en cierto modo Dioses. Y ved aquí explicado el sentido literal de aquella visión en que el Profeta Rey al ver cruzar ante su mente iluminada la Iglesia de Jesucristo, y las legiones de las almas redimidas, estático ante la escelencia y dignidad de los hombres regenerados con la gracia, creyó ver al Redentor rodeado de un ejército de Dioses y exclamó lleno de religioso entusiasmo: „He visto á Dios en medio de un Congreso de Dioses,, (1).

IV.

El segundo efecto, que la gracia produce positivamente en el hombre es la transformación del espíritu. *Eramos sin la gracia*, dice el Apostol, *tinieblas, ahora con ella somos luz divina.* (2) Ved, ahí la síntesis de esa gloriosa innovación que opera la gracia en el alma. Privada al mundo físico del sol y de la luz, condenadle á vivir en perpetuas tinieblas, y una eterna noche convertirá el universo en una mansión horrenda, sin belleza, sin animación, sin atractivos, sin vida: la tierra semejaría un silencioso y vasto cementerio y el cielo la cubierta de un inmenso ataúd. Así es el alma privada de la gracia. Por el contrario, vivificada por ella, todo se transforma porque la gracia es luz que la ilumina, calor y vida que la alienta, belleza divina que la hermosea, virtud santificadora que la purifica y, en espresión del Concilio de Trento, *de estraña la hace próxima y de enemiga amiga de Dios* (3).

(1) Psalm. LXXXI. vers. 1.

(2) Ephes cap. V, vers. 8

(3) Conc. Trid. sess. VIII, cap. 1.

Y como á favor de la luz del sol todo cambia de aspecto en la naturaleza, así cuando el reflejo de la luz de la divinidad llega al alma, todo se renueva, las potencias de alma y las virtudes naturales se perfeccionan y transfiguran: ⁽¹⁾ los hábitos pecaminosos se truecan en hábitos santos, las aficiones, á los deleites sensuales son sustituidas que deseos y aspiraciones celestiales; „la gracia hace amable lo „que antes era aborrecible, y deleitable lo que „antes causaba disgusto; ¡que fuerzas le dá para „pelear, que alegría, que paz, que lumbre para „conocer la vanidad del mundo y el valor de las „cosas espirituales, que antes se despreciaban. Y „lo que mayor espanto causa es ver en cuan poco „tiempo se obran estas maravillas; porque no es „menester cursar muchos años en las escuelas de „los filósofos, y esperar la época de las canas, para „que la edad nos ayude á tener seso y mortificar „las pasiones; sino que en medio del fervor de la „mocedad y espacio de muy pocos días, se muda „un hombre tan mudado que apenas parece el „mismo. Por lo cual concluye el V. Fray Luis de „Granada, cuya es esta descripción de la transfi- „guración íntima del hombre bajo el imperio de „la gracia; «bien podemos decir que la gracia es „como unos espirituales hechizos con que Dios por „una manera maravillosa transforma los corazones de los hombres de tal modo que les hace „amar con intensísimo amor lo que antes aborre- „cían (que era el ejercicio de las virtudes) y abo- „rrer con grandísimo aborrecimiento lo que an- „tes amaban, (que eran los deleites del vicio)» ⁽²⁾,

(1) Es doctrina de fe. Conc. de Trento Sess. VI, can. 2.

(2) Guia de Pec. lib. I, cap. 28, par. 5.º

Las Santos Padres han descrito bajo bellísimos símiles este misterioso efecto de la gracia divina. Como el hierro, dicen, por su naturaleza oscuro se vuelve luminoso, rojo y esplendente, cuando el fuego le penetra, así el alma llena de oscuridades y sombras de muerte se despoja de dudas, disipa sus perplejidades, se toma del ardor de la caridad y de la luz de la verdad divina cuando en ella penetra la gracia.

Oid, oid lo que escribía S. Cipriano Martir á un íntimo amigo sobre su propia justificación, „En el «tiempo, dice, en que yo andaba perdido y engol- «fado en el mundo, sin saber de mi vida, sin te- «ner lumbre y conocimiento de la verdad, tenía «por imposible lo que para mi salud y remedio la «divina gracia me prometía; á saber; *que el hom- «bre puede nacer de nuevo,* ⁽¹⁾ y recibir otro espi- «ritu y otra manera de vida con la cual dejase de «ser lo que antes era y comenzase á tener otro «nuevo ser y otra nueva naturaleza, de tal modo «que aunque la sustancia y figura del cuerpo fue- «se la misma, el hombre interior totalmente se «transformaría. Antes decía yo que era imposible «tal mudanza, porque no podia tan presto desha- «cerse lo que estaba tan arraigado en el alma, así «por parte de la naturaleza corrompida, como de «la costumbre depravada. Mas después que lim- «piadas las culpas de la vida pasada, entró la luz «de lo alto en el corazón purificado: después que «recibido el espíritu del cielo, el segundo naci- «miento me hizo otro nuevo hombre, luego al «punto comenzaron á asentárseme por manera

(1) Joan. cap. III, vers 7.

«maravillosa las cosas antes dudosas y aclarárse-
«me las oscuras y abrírseme las cerradas y á pare-
«cérseme fáciles las que antes me parecían difíciles
«y posibles las que se me hacían imposibles de tal
«suerte que pareció bien claro ser propio del hom-
«bre lo que había nacido de la carne y vivía se-
«gun los instintos carnales, mas de Dios y no del
«hombre lo que el espíritu Santo había vivificado.
«Bien sabes tu por cierto, amigo mío, bien sa-
«bes lo que este espíritu del cielo me quitó y lo
«que me dió, el cual es muerte de los vicios y vida
«de la virtudes. Bien sabes tú todo esto, porque
«no predico mis alabanzas, sino la gloria de Dios,
«que no es jactancia, sino agradecimiento lo que
«no se atribuye á la virtud del hombre sino á la
«gracia de Dios.» (1)

No es menos espresivo S. Agustin acerca de esta materia. El corazón ardiente y magnánimo del Santo Doctor después de rudas luchas y batallas sin cuento con sus malos hábitos, cayó al fin rendido bajo el imperio de la gracia, y cantó la transformación súbita de su espíritu en el libro noveno de sus confesiones, con esta bellísima plegaria: ¡Oh, Señor, *yo soy tu siervo, yo tu siervo é hijo de tu sierva.* «*Rompiste Señor mis ataduras, á tí sa-*
«*crificaré sacrificio de alabanza.* (2) *Alábente mi*
«*corazón y mi lengua y todos mis huesos digan,* (3)
«*Señor, ¿Quién es como tú? Donde estaba Cristo*
«*Jesús, ayudador mío? Donde estaba tantos años*
«*ha mi libre albedrío, que á tí no se convertía? ¡De*
«*cuan profundo piélago lo sacaste en un momento*

(1) Lib. Epist. in Epist 2.^a

(2) Psal CXV, vers. 17

(3) Psal XXXIV, vers 8.

«para que sugetase yo mi cerviz á tu dulce yugo
«y á la carga ligera de su santa ley! ¡Cuan dulce
«se me hizo carecer luego de los deleites del mun-
«do, que tanto había recelado perder! Y es que,
«Vos Señor, que sois, verdadero y sumo deleite,
«echábais fuera de mi alma los otros vanos delei-
«tes; echábaislos fuera y en su lugar entrabais Vos,
«dulzura soberana; entrabais Vos, más claro y
«trasparente que toda luz, Vos que sois más escelso
«y sublime que todos los honores, que sois mi glo-
«ria, mis riquezas, mi salud, mi Señor y mi
«Dios.» (1)

V

Es ciertamente maravilloso el espectáculo del alma transfigurada por la virtud divina de la gracia; pero no lo es menos el misterio de su fecundidad. La gracia, don altísimo que dignifica la criatura, imprimiendo en ella el sello de la filiación divina, y virtud sobrenatural que transfigura al hombre y lo santifica, es juntamente germen fecundo de méritos de vida eterna, principio de operaciones dignas de la gloria del cielo. «La gracia, dice el Angélico Doctor, ordena al hombre inmediatamente á la consecución de su fin último.» (2) Admiramos el misterio de la voluntad humana en ejercicio bajo la influencia de la gracia. ¡Ah! Es espectáculo arrebatador digno de ser más conocido de los hombres y más estimado de los cristianos.

Dice un principio filosófico que, *las operaciones participan la naturaleza del ser que las produce.* (3)

(1) S. Agust. Conf. cap. I. Lib. 9.^o

(2) Sum. Theol. I.^a II.^a q. CXI, art. 5.

(3) Operatio sequitur esse.

Pues bien, la gracia dá á nuestro ser el carácter y la semejanza divina, y la investidura de hijos y de amigos de Dios; por consiguiente, todos los actos del hombre adornado de la gracia deben tener igual carácter, la misma semejanza divina: las ideas y los pensamientos de la mente; los afectos y los deseos del corazón, los actos y movimientos del alma adornada de la gracia, todo cuanto piensa, quiere y ejecuta bajo el influjo de ese ser divino, todo tiene divinas proporciones, todo son actos de un hijo, de un amigo de Dios. «Mirad ese árbol cubierto de flores blancas como la nieve: ¡Cuán gracioso bajo su manto de primavera y que esperanzas nos ofrece para la estación de los frutos! El estío lo fomenta con su luz, con su calor, con sus fecundas lluvias: llega el otoño y es tiempo de recoger. Pero vana esperanza, las flores engañosas no han producido sino bayas amargas y silvestres. No le arranqueis, el árbol es bueno. Cortad las ramas cubiertas de hojas, concentrad en la yema de un injerto toda la sabia, que sube de las raíces hasta la copa y esperad. El pié silvestre redobla sus energías, se diría que ha comprendido la operación que le comunica nueva vida. El injerto se asimila los generosos efluvios que hasta él suben, los penetra con su virtud y los transforma en una segunda flor: allá ireis bien pronto á recoger frutos dulces y sabrosos dignos de ser presentados en la mesa de los reyes. Y no obstante, el tronco es el mismo, las raíces las mismas y vosotros diriais que las ramas son las mismas. La actividad natural queda toda entera pero el árbol está transformado, imagen sensible de la transformación de nuestros actos por la gracia.

Ellos proceden de la naturaleza, pero esta ha sido elevada por la virtud del Altísimo, ha bajado sobre ella el Espíritu Santo y uniéndose nuestra actividad á las corrientes de la vida de Dios, lo que procede de nosotros es santo y nuestras obras tienen el sello del principio divino que las informa.» (1)

Y ved aquí por que las acciones del hombre en estado de gracia son tan gratas en la divina presencia y por que un alma que tiene la gracia es de más valor y más mérito que el conjunto de las que viven sin ella. El objeto del amor es el bien, y como quiera que la gracia es don sobrenatural, y bien semejante al bien infinito, ejerce sobre la divina voluntad una atracción incalculable y atrae hácia sí con sus inefables encantos el divino amor. La magnificencia de los orbes que pueblan los espacios, las bellezas aglomeradas de todos los vivientes, las virtudes de todos los animales, las glorias de todos los genios, las maravillas del arte, todo en fin cuanto existe, cuanto vive, cuanto conoce y ama aquí en este vasto universo, pesa en la balanza de la estima y del amor divino menos que una sola alma que ostenta el don de la gracia. Las acciones más gloriosas de la humanidad, las empresas más árduas de los guerreros, los triunfos de los conquistadores, los descubrimientos de los sábios, los láuros de los artistas, los prodigios de los mecánicos, los maravillosos inventos, que aprisionan y hacen servir á nuestros usos las fuerzas latentes de la naturaleza, todas esas celebridades, sumadas, como no hayan sido producidas por

(1) Mons. Dog. Cat. Conf. XVIII.

hombres vivificados por la gracia, serán acciones puramente naturales, honrosísimas, sí, ante los mortales, gloriosas á los ojos del mundo; pero ante Dios valen mucho menos que un acto de humildad, que un movimiento de obediencia, que una breve plegaria recitada por una alma, ignorada de los hombres, y ennoblecida con la gracia.

No se nos oculta que los modernos racionalistas, hijos póstumos de los antiguos pelagianos quieren que la naturaleza humana sin auxilio alguno sea la raiz de todo mérito y que cuanto se predica de la fecundidad de la gracia debe entenderse de la libertad, que es la gracia por excelencia; pero esta doctrina fué condenada por la Iglesia, como herética ⁽¹⁾ y no hemos de detenernos á refutarla directamente.

VI.

No queremos dejar de responder aquí á una objeción que hicieron los protestantes y han reproducido en nuestros días los fautores del naturalismo, si bien con distintos fines. Si la gracia, dicen, es la fuente del mérito de los actos humanos, en orden á la vida eterna, es porque bajo la acción de la gracia el hombre pierde la libertad, como la pierde bajo la influencia de una vehemente pasión. No es esta la oportunidad de definir los alcances de las pasiones y su influjo en los actos libres, pero sí de contestar, á los que pretenden que la gracia y la libertad son incompatibles.

Para convencer de sin razón á los que así se expresan basta que recordemos la definicion de la

(1) Conc. Araus II, can 2.^o et Trident. Sess. VI, cap. 12.

gracia. *Es una cualidad divina sobreañadida á la naturaleza*; y como toda cualidad superior, perfecta, no destructiva del ser: *es don sobrenatural que dá al alma semejanza divina*, y todo como don, sin producir menoscabo en las facultades del que lo recibe: *es en fin germen de vida divina que en el fondo de nuestro ser deposita el mismo Dios* y como toda semilla sin inducir inmutación sustancial en la tierra que la recibe, antes bien poniendo en ella un principio vital que no había, enterrando allí una virtud superior que le hará producir mas tarde flores y frutos. «La efusión de la gracia, dice Santo Tomás de Aquino, añade á las potencias perfecciones que la naturaleza no tiene, ⁽¹⁾ por tanto la gracia así como eleva la inteligencia, eleva la voluntad de tal modo, que lejos de sufrir lesión alguna la libertad humana, dignifica y perfecciona.,.

Es admirable el modo de ponerse en acción la libertad humana y la gracia juntamente. ¡Cuán secretamente se compenetran! ¡Cuán maravillosamente concurren al acto humano sin violación alguna de los derechos de Dios y del hombre. Oid como describe este profundísimo misterio un filósofo contemporáneo: ¡Pobre y humilde, como soy y grande y potente como eres Señor, me respetas. Sé que no me abandonarás á mí mismo, porque por mí mismo nada puedo, sino olvidarte y perderme, y sé que al tenderme la mano que me salva, me la tenderás tan blanda, tan cariñosa y suave, que no la sentiré venir, tu eres como silbo de viento en lo suave, como aquilon en lo fuerte. Soy llevado por

(1) Summ. Theol. I^a II.^a q. CX, art. 3.

tí como por el aquilon y me muevo hacia tí libremente, como mecido por viento delgado. Me llevas, como si me empujaras, pero no me empujas, sino que me solicitas. Yo soy el que me muevo, y sin embargo tu te mueves en mí. Tu vienes á mi puerta y me llamas con blandura y si no respondo, aguardas y vuelves á llamar. Sé que puedo no responderte y perderme, sé que puedo responderte y salvarme, pero sé que no podría responderte si tu no me llamaras y que cuando respondo, respondo lo que dices, siendo tuya la pregunta y tuya y mía la respuesta. Sé que no puedo obrar sin tí, y que por tí obro, y que cuando obro merezco; pero que no merezco, sino porque tú me ayudas á merecer, como me ayudaste á obrar. Sé que cuando me premias, porque merezco, y cuando merezco, porque obro, me dás tres gracias, la gracia del premio, con que galardonas: la gracia del merecer, por la cual galardonaste y la gracia de obrar con tu ayuda. Sé que tú eres como la madre y yo como el niño pequeñuelo, en quien la madre infunde el deseo de andar, y luego le dá la mano para que ande y después le imprime un beso en la frente, porque deseó andar y anduvo con ayuda de su mano. Creo en fin que el que cree que obra sin tí ni te conoce ni es cristiano.» (1)

Nada mas bello ni mas cierto. Nada mas bello porque mediante la intervencióⁿ de la gracia en la libertad los actos humanos tienen razón de meritorios de la eterna vida, y nada mas cierto

(1) J. Donos. Cort., Ens. sobre Cat. y liber cap. VI.

porque «Si alguno osare firmar que para el mérito sobrenatural no se requiere juntamente con la gracia la libertad activa, el libre albedrío será contado en el número de los herejes dice el Sagrado Concilio de Trento». (1)

VII.

Llegamos al último de los efectos de la gracia, que nos proponíamos reseñar, tal es el derecho á la eterna felicidad del cielo. Este derecho se funda en la filiación divina, que dá al hombre la gracia y en la caridad que ese don infunde en el alma.

Es una verdad universal, fundadada en el derecho natural, consignada en los códigos de los pueblos y promulgada por la Escritura divina, que los hijos son los herederos legítimos de sus padres. Y no importa que el hijo sea adoptivo, la adopción misma no es otra cosa que la institución de una persona extraña en heredero de la fortuna del adoptante. Ved, porque, el hombre elevado á la dignidad de Hijo de Dios, por más, que no pase de la categoría de hijo adoptivo, adquiere con este título que la gracia le comunica el derecho legítimo á la herencia de su Padre, á los tesoros y riqueza infinita del que le adopta, á la participación de la gloria inefable del mismo Dios. *Si somos hijos de Dios, dice S. Pablo, claro es que somos los herederos de Dios y coherederos juntamente con Cristo;* (2) Por esta razón el Sacrosanto Concilio Tridentino definió «que el *hombre, que tiene la gracia, merece de condigno, es decir, adquiere con*

(1) Conc. Trid. Sess. VI, can. 4.

(2) Rom. cap. VIII, vers 17.

sus buenas obras perfecto derecho á la bienaventuranza, y añade, que en la medida, que multiplique las buenas acciones, se hace mas fuerte el derecho adquirido y vanse adquiriendo nuevos derechos á mas altos grados de gloria. (1) Esto enseñó Jesucristo con su divina autoridad, asegurando que en el cielo ó sea *en la casa de su Padre hay diversidad de moradas,* (2) y esto predicaron sus apóstoles, diciendo al mundo, *que así como difieren en claridad los astros del firmamento, difieren el brillo y la gloria de los justos en el cielo,* (3) por la diversidad de sus buenas obras.

Este derecho procede también *de la caridad que el Espíritu Santo difunde en el alma* (4) juntamente con la gracia. Así como la gracia eleva la inteligencia sobre las esferas de la razón por medio de la fé, y perfecciona las aspiraciones de la voluntad hacia el bien sumo por medio de la esperanza, así eleva y perfecciona el amor natural, convirtiéndole en sublime y divina caridad. Ahora bien, si es propio del amor unir, y estrechar con apretado lazo á los seres que se aman, si el Espíritu Santo es el que difunde la caridad en el alma ¿no es lógico pensar, que Dios, despierta el amor divino é inflama esos arrebatos de caridad solo para disponerlos á poseerle, solo porque quiere unirse el hombre? No sería injurioso para Dios, sospechar que esos deseos ardientes, puros, sublimes de poseerle, que él mismo infunde, única y exclusivamente los infunde para no saciarlos jamás y para gozarse después en nuestra propia desgracia, ya que no

[1] Con Trid Sess. VI, can. 26 et 32.

[2] Joan, cap. XIV. vers 2.

[3] I Cor. cap IX, vers 41.

[4] Rom. cap. V, vers. 5

hay tormento mayor que un deseo vehemente jamás satisfecho?

«La vida eterna dice Sto. Tomás, consiste en la posesión de Dios, pero el mérito de la vida eterna y la elevación de la mente humana á la fruición de Dios son actos propios de la caridad.» (1) De suerte que la caridad y el derecho á la vida eterna son inseparables, y de tal manera, que los derechos á la vida eterna han de medirse por los grados de caridad que ardan en el alma del hombre. Ahora podreis apreciar todo el valor y la inimitable propiedad de los elogios que tributa el Apóstol á la caridad. «La fé, dice, aunque sea tan firme, que traslade las montañas, sin la caridad nada vale; el martirio, hasta el tormento de las llamas, como no sea animado por la caridad, de nada sirve: el amor de los pobres hasta darles cuanto tienes de limosna, si la caridad no lo inspira, es cosa vana; porque de las virtudes que nos llevan á Dios, la caridad es la mayor, y ella es la única que tiene el privilegio de acompañar al hombre hasta el cielo y ponerle en posesión del mismo Dios. Por eso estoy cierto que ni el poder de la vida, ni el de la muerte, ni la virtud de los ángeles, ni de los principados, ni los males presentes, ni los temores futuros, ni el cielo, con su alteza, ni el abismo con su profundidad, ni criatura alguna en fin será bastante poderosa para arrebatarme la caridad de Dios, el amor, con que le amo en mi Señor Jesucristo.» (2)

VIII

Réstalos enumerar las funestas consecuencias

(1) Sum. Theol. I.^a II.^a q. CXIV, art. 3.

(2) 1 Cor. cap. XIII, vers 2 et seq.

de la privación de la gracia, á las cuales denominábamos efectos negativos. Estos son correlativos á los efectos positivos y como aquellos son cuatro los principales: privación de la vida divina, enemistad con Dios, esterilidad para el bien y pérdida de la vida eterna del cielo. Nada diremos sobre la existencia de estos efectos; porque una vez demostrado, que la gracia es causa de los que dejamos atrás reseñados, es evidente, que suprimida la causa, quedan suprimidos los efectos ó lo que es igual solo quedan las privaciones ó efectos negativos; pero sí diremos dos palabras sobre la deplorable condición del alma que los sufre y sobre la ruina funestísima que atraen sobre ella.

Hay dos poderes que se disputan el imperio de la creación, el poder de la vida y el poder de la muerte: la vida que todo lo alienta, anima y embellece, y la muerte que todo lo destruye, deshace y afea: la vida es actividad y alegría, la muerte inercia y luto, es la vida luz y claridad, la muerte oscuridad y tinieblas, la vida es reflejo, destello del cielo, la muerte es patrimonio de la tierra: la vida es Dios; la muerte es la privación de la vida. En el mundo sobrenatural la vida es la gracia y el pecado es la muerte: por eso el hombre en gracia es una semejanza de Dios y el pecado la imagen y semejanza de la muerte. Ved un cadáver, eso es el alma sin la vida sobrenatural. El cadáver no tiene derecho á tomar parte en las relaciones sociales, tiene imposibilidad física para comunicar con los demás hombres y para gozar de los beneficios de la sociedad. Así es el hombre sin la gracia: está excomulgado de la sociedad de las almas; no tiene relaciones con los que viven, ni con

Dios, fuente de vida, ni con sus ángeles y Santos, ni goza de los bienes sobrenaturales de la gran sociedad cristiana.

El mayor de los honores, la más grande de las dignidades, que el hombre puede alcanzar, no es la de llegar á sentarse en un trono y recibir vasallage de pueblos y naciones; ni es tampoco la del sacerdocio y el pontificado, con ser tan grande que ella sola tiene el derecho de subir á los altares del Dios Vivo y Verdadero, y ofrecer sobre el ara la hostia inmaculada que regenera á los hombres, reconcilia el cielo con la tierra y salva al mundo; la mayor honra que puede caber al hombre es la de ser alistado en el catálogo de los Hijos adoptivos de Dios; porque aquellas honras, no pasan con el hombre los límites del tiempo: esta le levanta, le acompaña mas allá de la tumba y le glorifica en la eternidad: aquellas reflejan el poder de Dios, pero no hacen al hombre semejante á Dios en la virtud y en la santidad; esta infunde la semejanza divina en el alma, ennoblece y santifica intrinsecamente al pobre mortal. Ahora bien, como quiera que las privaciones son tanto mas humillante, cuanto mayor y mas excelente es la honra de que privan: es claro que *el pecado que priva de la gracia, es decir. de la mas grande de las dignidades es sin duda alguna el mas ignominioso de los oprobios y la mayor de las humillaciones.* ⁽¹⁾ Estos eran los sentimientos de S. Pablo, el cual hacía consistir toda su grandeza en la gracia: *Por ella, decía por la gracia soy todo cuanto soy.* ⁽²⁾ Estos los del Eclesiástico, que exclamaba:

(1) Psal LII, vers. 6.

(2) Rom. cap. V. vers. 10.

El hombre vale tanto cuanto vale el temor de Dios y la fidelidad para con Dios que abrigue en su pecho. (1)

IX.

Dios es amigo del hombre á quien vivifica la gracia, así lo decía Jesucristo á sus apóstoles, *Vosotros sois mis amigos.* (2) La pérdida de ese don entraña la ruptura de las relaciones amistosas entre el criador y la criatura. Bien podeis gozar de gran popularidad entre los mortales y contar al género humano por amigo, *como hayais perdido la gracia*, sereis infelices, porque *sois enemigos de Dios.* (3) Y decimos, que sereis infelices, porque así como no hay vida mas violenta, ni mas desgraciada, ni condición mas infeliz que la del hombre que tiene enemistades con todos sus semejantes, y que á donde quiera que vuelve los ojos encuentra un enemigo poderoso, amenazador, irreconciliable, así acontece al hombre enemistado con Dios, porque si subiere al cielo, allí está su asiento, si bajare á la tierra allí tiene la peana de sus plantas y si surcare los oceanos y fuere mas allá de los mares allí alcanza el poder de su diestra y su omnipotencia todo lo llena. Por esto dice el Espíritu Santo, que *el enemigo de Dios, no tiene ni puede tener paz,* (4) que *la desgracia y el quebranto le salen al encuentro en todos sus caminos,* (5) que, *siempre anda inquieto semejante al fugitivo, sin*

(1) Eccl. cap. XII, vers. 13.

(2) Joan. cap. XVI, vers. 24.

(3) Jacob. cap. IV, vers. 4.

(4) Isaiae. cap. LVII, vers. 21.

(5) Psalm. XIII, vers 3.

que nadie le persiga, ⁽¹⁾ y que pesa sobre él con peso abrumador la maldición por haber roto relaciones con Dios. ⁽²⁾

¡Oh!, Cuanta estima tuvieron los hombres sabios, con la sabiduría del cielo, de la gracia, y de la amistad de Dios! ¡Con que buen acuerdo la prefirieron á todos los bienes y amistades de la tierra! Sabían perfectamente que no hay mal comparable á la ruptura de las buenas relaciones con el Señor, nuestro Dios. Oid, como hablaba aquél hombre mas célebre por su paciencia que por sus grandes riquezas, Job: «*Aunque el Señor me prive de la vida, no toleraré cosa alguna que me pueda privar de su amistad.*» ⁽³⁾ El anciano Tobías, entre otros consejos inspirados, daba á su hijo el siguiente: *Mira, hijo mío, no temas la pobreza, teme mas bien á Dios, que es muy rico el que tiene al Dios opulentísimo por amigo, aunque viva en la indigencia.* ⁽⁴⁾ Y la muger mas notable por su amor á la castidad en el antiguo testamento, Susana, ante los jueces corrompidos que asediaban su inocencia y trataban de arrebatarle la honra, decía con santo valor; *Prefiero sin pecado ser víctima de vuestras venganzas, á cometer una culpa que me despoje de la amistad divina y me haga digna de venganzas eternas.* Esta fué siempre la conducta de los mártires de Cristo, y de tantas y tantas almas, que han sabido sacrificar con denuedo todos los intereses de la tierra y todas las afecciones del corazón, antes que la amistad y la gracia que les estrechaba con Dios.

(1) Prov. cap. XXVIII, vers. 1.

(2) Psalm. CXIII, vers. 18.

(3) Job cap. XIII, vers. 15.

(4) Job. cap. IX, vers. 23.

Privaciones funestas son la pérdida de la vida sobrenatural, y de la amistad divina, es verdad, pero no lo son menos la esterilidad para el bien á que se reduce el alma y el estrañamiento del cielo, que son también efectos negativos de la gracia.

El Apóstol Santiago en su canónica consignó estas palabras, hablando de la gracia «*No conoce el hombre su valor*» (1) Y es lo cierto, que la gracia es don tan alto y escelente, que cuanto mas se estudia, mas abundantes veneros de riqueza moral se descubren en ella. El tesoro de actividad para obrar el bien, que la gracia encierra, fué sintetizado por el Espíritu Santo en esta frase: *La gracia, dice, es un paraiso de bendiciones.* (2) Simil bellissimo. Nada tan fecundo y ameno como el paraiso: nada tan abundoso de santos pensamientos, de afectos puros y de acciones dignas de Dios como la criatura en estado de gracia. Por el contrario nada tan desmedrado y tan yermo como el alma sin la gracia. Si pudiérais apagar la luz del sol, claro es, que sumergiríais al mundo en las tinieblas, ocasionaríais un cataclismo universal: porque arrebatárais con la luz uno de los elementos indispensables para la vegetación, y muy luego se haría imposible de todo punto la germinación el desarrollo y la fructificación de las plantas. Es más, la infecundidad y la muerte de los seres serían mucho mas rápidas, si además del sol suprimierais los ma-

(1) Jacob. cap. XXVIII. vers. 13.

(2) Eccl. cap. XL, vers. 17.

res; porque habriais suprimido con ellos las nubes y las lluvias, elementos precisos é indispensables para la vida. Así sucede en este pequeño mundo, que se llama el hombre, cuando dentro de él se extingue la luz de la gracia divina y deja de fecundarle la lluvia de los divinos auxilios, las facultades del alma languidecen: la inteligencia sin la gracia semeja un astro sin luz, porque no brilla allí la fé viva: la libertad sin la gracia carece de energías para el bien; las pasiones, semejantes á las fieras nocturnas que solo viven en la oscuridad, se agigantan á medida que la luz y la vida sobrenatural decrecen, y allí en donde la gracia era vena fecunda de actos dignos de la vida eterna, la naturaleza solo produce bajas ideas, deseos terrenales, acciones vergonzosas, depravación y maldad.

XI

Pero el mayor el mas funesto de los efectos de la privación de la gracia es la pérdida de todo derecho á la eterna felicidad del cielo. ¡Ay! V. H. y A. H., cuando pensamos en esta verdad, llénase de pavor nuestro espíritu, porque es aterradora la indiferencia glacial con que el hombre mira la gracia, cuya pérdida ó conservación entraña el gran blema de sus futuros destinos. Con ese laconismo propio de la Sagrada Escritura ha descrito Isaías toda la intensidad de la privación de la gracia. *El mayor de los males dice, y la mas grande de las amarguras es la pérdida de Dios,* ⁽¹⁾ Y á la verdad: el mal es una cosa negativa, es una ^{ap}privación; consiste en la ausencia de un

(1) Jerem cap. II, vers. 19.

bien ó perfección que reclama la naturaleza: por esta razón la intensidad de los males se mide por la magnitud y excelencia de los bienes de que nos privan, y los males tienen su gradación fijada por los grados de bondad de los bienes que perdemos. Por esta razón la pérdida de los intereses es menor mal que la enfermedad: y esta menor que la pérdida de la vida que es el mayor de todos los males de este mundo.

Pues elevemos al orden sobrenatural y aplicando estos principios, veremos, en primer lugar que allí los bienes son de orden superior y por tanto los males más intensos y funestos. Aquí se trata de nuestras relaciones con Dios, y de nuestra suerte eterna. Aquí hay un cúmulo de bienes que Dios depositó en su Iglesia, verdades sobrenaturales, gracias y virtudes superiores á la naturaleza, leyes, sacramentos, culto, sacerdocio, sacrificio y poderes divinos, cuyas privaciones son otros tantos males de importancia transcendental: pues bien entre todos los males de esta índole el mayor es la pérdida de la gracia: porque ella envuelve la pérdida de los demás, como la de la vida entraña la privación de todos los bienes de la tierra y porque el que sin ella pasa los umbrales de la eternidad, lleva consigo imposibilidad física de ver, de poseer y de gozar de la vista eterna de Dios: como quiera que falta la proporción entre la inteligencia humana y la esencia divina, así como la falta de energía en el ojo del ave nocturna le imposibilita físicamente para distinguir los objetos en pleno medio día. Con razón llamó S. Agustín á la pérdida de la gracia «*mal infinito*», pues nos priva de la posesión del sumo é infinito bien.

Pero no solo es *el mayor mal, es tambien el más amargo*. Dos especies de amargura engendra en el hombre la pérdida de la gracia: una durante la vida presente: otra en la vida futura. En el estado actual del hombre dos cosas acibarán su existencia de un modo invisible pero profundísimo: primera, la intranquilidad de la conciencia, los crueles remordimientos; segunda la pérdida de toda esperanza, la certeza aterradora de un pavoroso porvenir: y ambas circunstancias concurren en el alma sin la gracia. Ella se siente enemiga de Dios, y lejos de Dios no hay paz posible: se ve sin derechos al reino de los cielos, de donde Dios le repele, y una y otra vierten amargo deajo en el corazón y le enturbian los más puros goces de la vida. Pero la más intensa y desconsoladora es la amargura eterna: la que espera al alma sin la gracia en la vida futura. Si el hombre pudiera abrigar la esperanza de que la pérdida de Dios, le dejara en estado de indiferencia, é impasible, si privado de Dios no tuviera por otra parte pena alguna positiva, todavía podría arrostrar la pérdida de Dios; pero ¡ay! V. H. y A. H. que esa pérdida es un mal positivo, tan vehemente, como indefinible. Amar á Dios con intensidad incalculable, como le ama el alma al despojarse del atavío de la carne, tender hácia él con una violencia mayor que la que desarrollaría una inmensa mole precipitada desde el sol á la tierra, que tan fuerte es la tendencia del espíritu hacia el bien sumo, allá en la eternidad, lejos de las distracciones de las *creaturas*, y no poder jamás arribar al punto de atracción, sentir impotencia radical, imposibilidad absoluta de franquear la distancia

que la separa de Dios, vivir eternamente sintiendo pesar sobre sí una mano de hierro una resistencia insuperable que la impide llegar al centro de sus deseos y convencerse finalmente de que no tiene término esta situación, que jamás cesará este tormento, que siempre, siempre será desgraciada, ¿no es por ventura la más indefinible de todas las amarguras, el mayor de todos los males y un verdadero infierno? Tal es el mal que acarrea la pérdida de la gracia.

XII.

Hemos abordado con el favor de Dios la cuestión que nos propusimos y descrito con la posible claridad la necesidad, naturaleza y múltiples efectos de la gracia,

Os confesamos ingenuamente, que meditando en estas altísimas verdades y discurrendo sobre la conducta de los hombres se llena el corazón de profunda tristeza. Creemos que los presentes tiempos están descritos gráficamente en los libros santos, los cuales reseñando una de las edades más célebres por su depravación, dicen. *«que dirigió el Señor una mirada sobre la tierra para ver si encontraba alguien que tuviera conciencia de sus destinos y de todo corazón buscase á Dios, y vió con dolor que todos habían prevaricado, no había quien obrase el bien, ni siquiera uno solo:»* ⁽¹⁾ *porque la mentira, el hurto y el homicidio habían inundado toda la tierra.* ⁽²⁾

Y no es que pequemos de pesimismo, al hacer tales apreciaciones. En un documento público

(1) Psalm. XIII, vers. 3 et seq.

(2) Oseeae. cap. IV. vers. 2.

que circuló no ha mucho, un hombre notable por su religiosidad se lamentaba del crecimiento alarmante de la criminalidad en nuestros días. «Llama verdaderamente la atención, dice, el número extraordinario de homicidios, de asesinatos, disparos de armas de fuego y lesiones, que se producen por móviles triviales é insignificantes, lo cual prueba que faltan en la casi totalidad de los culpables los más elementales rudimentos de educación, y de instrucción, hasta el extremo de que parece que los padres ya no cuidan la educación de sus hijos, que ya en los pueblos no hay párrocos á quienes oír y respetar, ni maestros de quienes aprender». (1) ¿Y sabeis cuales son las causas de tanto mal? Son la miseria que oprime los pueblos, la desmoralización que lleva consigo el afán inmoderado de placeres, el vicio de la embriaguez, agrandado por especuladores sin conciencia, que fiados en la impunidad todo lo adulteran, el juego, tolerado criminalmente por las autoridades; el uso de armas que la recta conciencia prohíbe, y la propaganda de doctrinas disolventes, pornográficas y antireligiosas por medio de la prensa, propaganda que se ejerce con el mayor descaro y con tal impunidad que se ofenden los sentimientos y creencias de la inmensa mayoría de los católicos españoles. En vista del aspecto moral de nuestra época, decidme, si son exagerados y vanos nuestros temores por la suerte de las almas. ¿Quién, quién piensa seriamente en la necesidad de proveerse de la gracia divina y de cultivar sus relaciones con Dios, ó de restablecerlas, si se hubie-

(1) Circul. del Fiscal del Tribunal Supremo.

ren roto, para asegurar la paz en el tiempo y vida feliz en la eternidad?

Oid, oid muy A. H. nuestros y no descuideis este importantísimo negocio; mirad que la vida es breve y puede de improviso sorprenderos la muerte, y, si no os encuentra con la lámpara de la fé encendida, ardiendo en el santuario del alma la llama de la gracia y adornados con la túnica de los hijos de Dios, puede sobrevenirnos una ruina irreparable, que lloreis su fruto por toda la eternidad. Mirad que ante Dios no se cotizan con premio otros valores que las obras que llevan el sello sobrenatural de la divina gracia. Mirad que en el juicio de Dios no pesa otra influencia que la del sacrificio, la virtud y la santidad. Cuando estaba próximo á exhalar su último suspiro Enrique VIII, Rey de Inglaterra, aquel desgraciado Monarca que escandalizó á la cristiandad con sus adulterios é impúdico contubernio con Ana Bolena, que se movió de la Iglesia católica, se burló de las excomuniones de los Papas, hizo subir al cadalso á los Obispos, arrancó la fé católica de Inglaterra y la entregó á la herejía protestante, cuando veía aproximarse la hora tremenda que había de decidir de sus eternos destinos, al mirar tras de sí una vida consagrada á perseguir á Dios y á su Iglesia, dentro de sí un alma despojada de gracia y de caridad y una conciencia culpable y delante y sobre sí una eternidad de desventuras, haciendo un esfuerzo supremo dijo á sus cortesanos: *amigos míos, todo lo hemos perdido*, y esto dicho, espiró.» Así mueren los que desprecian la gracia, esta es la suerte que se reserva á los enemigos de Dios, todo lo pierden; porque perdida la gracia, pierden á

Dios, pierden la felicidad temporal y pierden la eterna gloria.

Venerables sacerdotes y cooperadores nuestros, *congregad á los pueblos, convocad á los ancianos, llamad á los jóvenes, haced invitación á los párvulos*, y en este tiempo santo exhortadles á recobrar la amistad y la gracia de Dios y á *clamar al cielo en demanda de misericordia, para que vuelvan al redil del divino pastor los extraviados, se conviertan los enemigos del nombre de Cristo, perseveren los justos y cesen las guerras y calamidades con que la providencia rectísima de Dios nos aflige por nuestras prevaricaciones.* (1)

Esposas de Jesucristo, Vírgenes consagradas al Señor, multiplicad vuestra penitencia y vuestra oración, no desmayeis á pesar de la indiferencia de los hombres. Los ángeles se encargan de recoger en cálices de oro los sacrificios y plegarias de los justos, las presentan día y noche ante el trono de Dios, y vierten luego sobre el mundo raudales de gracia y de bendiciones. Mientras el sacerdote pelea por la santificación de las gentes con la palabra, con el ejemplo, y con su ministerio, mientras los gobernantes procuran la felicidad del reino con su inteligencia y desvelos, mientras el soldado defiende nuestro honor en los campos de batalla, Vosotras con la pureza de vuestras almas y el fervor de vuestra vida inmolada, sois las encargadas de hacer violencia al Corazón de Vuestro divino Esposo Jesucristo, para que se apiade del mundo, y fecunde las fatigas del Apostol, los esfuerzos de los príncipes cristianos y los sacrificios de los ejércitos.

(1) Joel, Cap. II, vers. 1 et seq.

Llenos de confianza en vestra docilidad tantas y tantas veces probada, seguros de la filial piedad con que siempre escuchais nuestra palabra, os enviamos con esta Carta pastoral la expresión del amor con que en Jesucristo os estimamos y la mas cordial y afectuosa bendición. En el Nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu ✠ Santo.

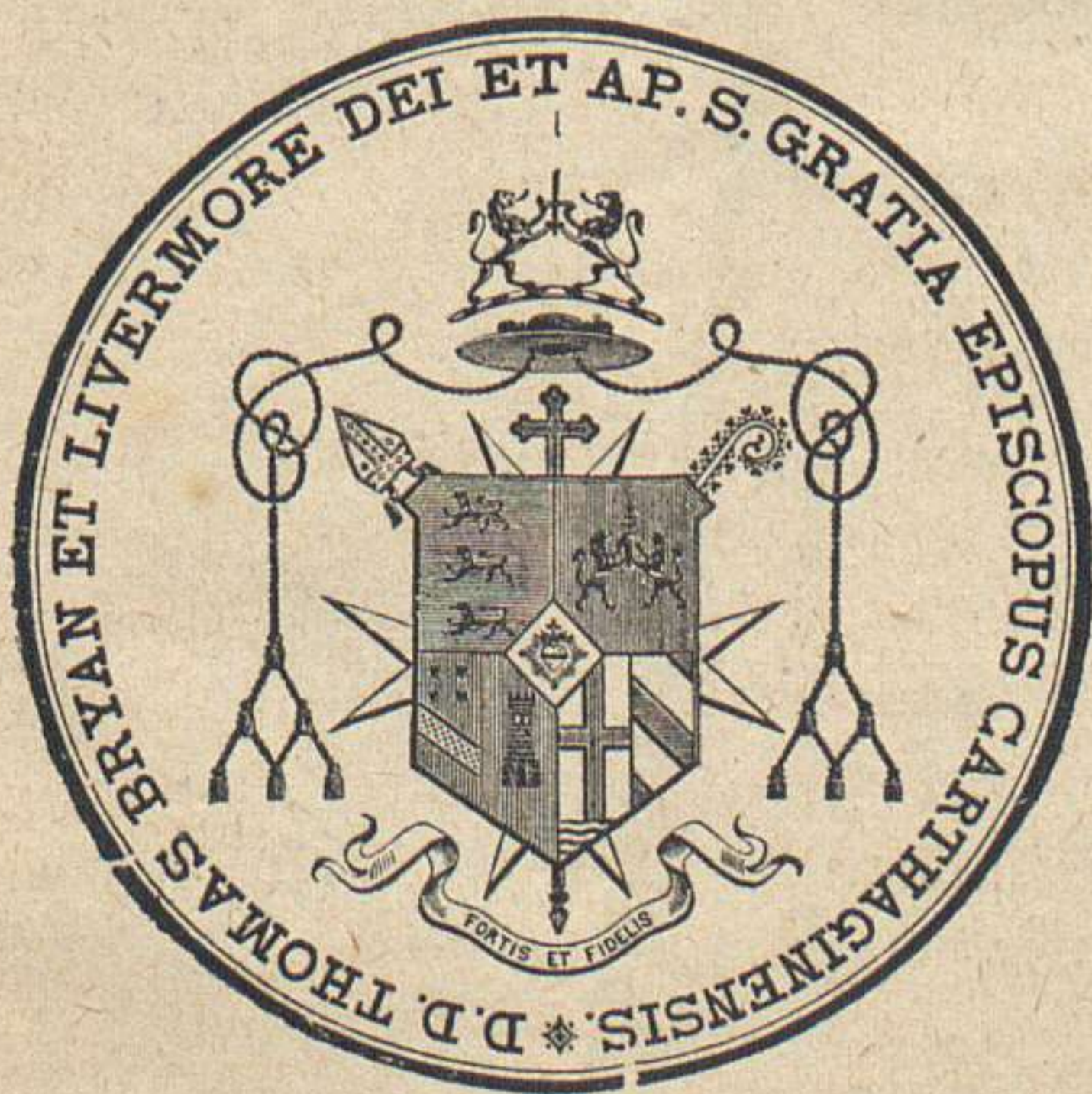
Dado en Murcia á 20 de Febrero de 1898.

✠ TOMÁS, Obispo de Cartagena.

POR MANDADO DE S. E. I., EL OBISPO MI SEÑOR

Dr. Félix Sánchez García,

Canónigo Lectoral, Secretario.



DM
69